

biera entrado nunca, si no le recibieran bajo el mismo pálio apercebido para recibir al Papa, y no hubiera aceptado el pálio, si no llevaran sus varas príncipes de casas á la sazón reinantes. Y si entra en Ferrara á condicion de que lo conduzcan bajo pálio, entra en el pontificio palacio á condicion de que todos se apeen á la puerta y él solo llegue montado en su cabalgadura hasta los mismos piés de la escalera. Veinticuatro horas estuvo sin desembarcar de la magnífica nave que le enviára el Marqués de Ferrara, todo un patriarca griego, por no haberle diputado para saludarle y recibirle dignidades correspondientes á su altísima gerarquía. No se movió, dispuesto á regresar á Bizancio, si era necesario, hasta que, á la mañana siguiente, enviaron para su recepcion cuatro cardenales, veinticinco arzobispos y obispos, toda la servidumbre oficial del Papa, los Marqueses de Ferrara y de Este con sus respectivas familias, y el cuerpo entero de la nobleza; comitiva magnífica que quitaba la luz de los ojos con sus pectorales, sus collares, sus cruces, sus mantos cuajados de pedrería, su lujo y su riqueza. El papa, á su vez, no hubiera admitido nunca al Patriarca, si los eclesiásticos bizantinos reunidos con él no le prometieran besarle respectivamente los de mayor dignidad la cara, los de menor dignidad las manos, y los de infima con los láicos el pié y de rodillas. Pues si todas estas dificultades trajo la recepcion imagínese cuantas traería el orden de las colocaciones en el concilio. Quería Eugenio IV ocupar con su propio sólio el centro de la catedral de Ferrara; mas se opuso terminantemente Juan Peleólogo, diciendo que tal sitio era para él en atencion á haberlo ocupado su predecesor Constantino en el Concilio de Nicea, y en el Concilio de Calcedonia su predecesor Marciano. Trabajo le costó al Papa persuadirle á esta sencillísima reflexion, á considerar que ni á uno ni á otro Concilio habia asistido el Pontífice y que, por consiguiente, en uno y otro se reservó el puesto por su ausencia vacio al supremo imperante en el orden civil, inferior dentro de la Iglesia al supremo imperante en el orden religioso. Al fin le convenció; y pudo arreglarse este punto. La iglesia quedó pues ordenada de la manera que sigue: En el altar mayor, sobre trono iluminado, se veian los Santos Evangelios entre las cabezas de San Pedro y San Pablo; al lado del Evangelio el sólio pontificio, el sólio reservado al Papa, y un poco más bajo el sólio imperial, el sólio reservado al Emperador de Occidente, al Emperador de Alemania, y despues de este sólio, nueve sillones apercebidos para recibir á nueve cardenales, entre los que algunos patriarcas latinos se contaban; al lado de la Epístola, frente á frente del sólio pontificio, el sólio reservado al Emperador de Oriente, al Emperador de Constantinopla, y un poco mas abajo los sillones de los Patriarcas orientales en este orden: el de Constantinopla, el de Alejandria, el de Antioquia, el de Jerusalem, tras los cuales venian los metropolitanos de Trebizonda, Cizico, Nicea, Nicomedia, Mitylene, Georgia y otros; á los piés de la iglesia los abades, doctores, y generales de las ór-

denes religiosas; y arriba, por las galerías, los notarios y oficiales del Concilio, formando todos con sus diversas agrupaciones y sus pintorescos trajes de tantos y tan apartados y diversos países, el cuadro mas deslumbrador que puede imaginarse.

Y cuántas dificultades para juntar dos sectas separadas, dos tradiciones opuestas, los elementos mas incompatibles del universo, los dogmas de dos iglesias enemigas. Creian los griegos que el Espíritu Santo procede solo del Padre, y los latinos que del Padre y del Hijo juntamente. Los griegos dudaban del purgatorio y los latinos no. Los griegos comulgaban con pan de levadura y los latinos con el antiguo pan ázimo hebreo. Los griegos aplicaban el celibato á unos eclesiásticos y no lo aplicaban á otros, en tanto que los latinos á todos. Ellos tenian su Patriarca y nosotros nuestro Papa. Cada uno de los dos pueblos se creía, por tanto, dueño de la verdad evangélica en esencia y asistido por el Espíritu Santo en persona. Y queriendo concordarse en todo discordaban, hasta en el procedimiento, pues unos pedian que por preguntas y respuestas se procediera en los debates, como si aquella asamblea fuera una escuela, y otros por discursos sucesivos y contradictorios, como se acostumbró de antiguo en los Concilios. La principal queja del mundo eclesiástico oriental contra el mundo eclesiástico occidental, consistia en que este, segun sus asertos, al traducir el símbolo de la fé y llegar al Espíritu Santo y á su procedencia, habia dicho: «*Patri, filioque procedit,*» «del Padre y del hijo procede,» añadiendo un «*Filioque*» un «del Hijo» no existente en el primitivo original. Esta alteracion se concibe antes del Concilio de Efeso, no despues, por haber quedado prohibida allí toda alteracion. Los latinos presentaron un texto del Concilio de Efeso que concordaba con el texto de su propio símbolo. Pero los griegos les dijeron que como habian consentido por este asunto la division de dos iglesias, el cisma de dos comuniones, el apartamiento entre los dos miembros principales de la familia cristiana, cuando tanto facilitara la conservacion de la unidad el producir y divulgar semejante texto á su debido tiempo, á la hora del cisma. Ni los ángeles del cielo, decian, deben tocar al símbolo de la fé cristiana, cuando los padres de Efeso, al condenar á Nestorio, no osaron añadirle, despues de haber declarado la maternidad de María unida á su virginidad santísima, el nombre augusto de Madre de Dios. En estas controversias se empleó mucho tiempo, pero muchísimo más todavía en leer los precedentes que contenian las actas de los siete primeros Concilios, respecto á la definicion del dogma y á las interpolaciones en el Credo. Contestó á todas las objeciones griegas el Arzobispo de Rodas que, aun concedida la adiccion del *Filioque*, debia ponerse en las categorías de las explicaciones necesarias y no de las interpolaciones falsas. Si, como dice el Evangelio, Cristo pronunció estas palabras: «todo cuanto es de mi Padre, es mio tambien» el Espíritu Santo, procediendo del padre, procede tambien del Hijo. ¿Por

qué extrañais, exclamó, que nosotros hayamos añadido al Credo el *Filioque* cuando vosotros le habeis añadido en el Concilio de Constantinopla frases enteras como «descendit de Cœlis,» y «secundum Scripturas»? En estas disputas consumíase un tiempo precioso, tanto mas de deplorar, cuanto que, entre una legislatura y otra legislatura del Concilio, hablando á la moderna, trascurría á veces medio año. La paciencia del Papa se acababa, y algo mas que la paciencia, el dinero. Aquel fastuoso Emperador y su comitiva parecida á un ejército de cortesanos; aquellos prelados, metropolitanos, abades, con sus respectivas cortes y cohortes, vivían sin excepcion á expensas del Papa. ¿Cómo resistir á un gasto de esta monta, cuando el Concilio de Basilea negaba las annatas y una parte principal de los dominios pontificios radicaba en manos de los depredadores? Era imposible. Mas tambien era doloroso ver por causa de la vil materia, por causa del oro, perderse tantas y tantas almas destinadas al cielo y dificultarse ó quizás imposibilitarse la unidad de la Iglesia destinada á santificar á todo el género humano y á cumplir las promesas del Catolicismo: un solo Dios en el cielo y un solo pastor en la tierra. Eugenio IV no sabía cómo salir de esta dificultad verdaderamente dramática. Si persistia en retener á los Padres, arruinaba su tesoro; y si los despedía, arruinaba su Iglesia. No tenia mas remedio que optar entre la salud espiritual de las almas católicas y la salud temporal de los estados pontificios. En tal incertidumbre le socorrió Cosme de Médicis, deseoso de engrandecer á su patria y de ilustrar su gobierno, ofreciéndole auxilio capitalísimo en los gastos. Tales ofertas, que parecían descendidas del cielo, complicándose con súbita peste, que parecía abortada por el infierno, decidieron al Papa Eugenio á trasladar el Concilio á Florencia, donde bien podia dar hospitalidad á los padres el que la daba á tantos artistas y sabios; el que construía palacios semejantes á templos y quintas semejantes á palacios; el que levantaba á su costa tres ó cuatro iglesias á un mismo tiempo en Florencia y tres ó cuatro monasterios en las cercanías de Florencia; el que erigia un hospital en Jerusalem, trabajos todos de poca monta en frente de ese hospedaje ofrecido al Concilio único en la historia, llamado á terminar el cisma entre dos Iglesias cristianas y á unir en espíritu el Occidente con el Oriente de Europa.

Además, Eugenio IV estaba persuadido de que la influencia personal de Cosme de Médicis sobre los doctores griegos con quienes compartía el culto á Platon y al Platonismo, habia de acelerar el término de mil enmarañadas cuestiones dogmáticas y traer la síntesis necesaria entre los principio-opuestos. Cosme no era un sacerdote de la ciencia, para cuyo cultivo le faltaba el tiempo empleado en los asuntos de comercio y de política; pero tenia un exquisito gusto. Así lo que otros comprendían con dificultad por la reflexion, él lo adivinaba por el instinto. Eugenio IV necesitó bien poco trabajo para persuadir á los que residían en las orillas del Pó á trasladarse

á las orillas del Arno y habitar la nueva Atenas, donde se juntaban en tan armoniosa consonancia con las bellezas del arte y las delicias del campo, la inspiracion de las ideas filosóficas tan necesarias á las grandes almas, sobrecargadas por el movimiento de los tiempos con los mas difíciles problemas y constreñidas por la fuerza de las cosas á recorrer los espacios inacabables del misterio. La traslacion á Florencia fué como una nueva fiesta para griegos y latinos, pues con ella se renovaban los obsequios propios de toda recepcion, y con los obsequios los festejos y los regocijos. Pero la cuestion capital no anduvo gran cosa por haber andado tanto sus mantenedores. Por Enero de 1438 se congregaron los Padres, y en Marzo todavía disputaban sobre si San Basilio sostenía ó no sostenía que el Espíritu Santo dimanaba del Padre y del Hijo juntamente. La Pascua se venia encima y la Semana Santa lo retardaba todo. Segun varios historiadores del Concilio, para acortar las razones del entendimiento acortó el Papa de tal modo las razones del estómago, que los Padres griegos se morían materialmente de hambre. Algunos, ó mas vehementes ó mas famélicos, decidieron partirse y dejar en tal estado el deseado pacto; pero el Emperador de Constantinopla, que lo supo, encargó á los guardias de la ciudad extrema vigilancia en las puertas y el impedimento resuelto á tal decision, si preciso fuese, por el empleo riguroso de la fuerza y la apelacion implacable á las armas. Más, á pesar de esta energía, se encontraba en tales términos acongojado el soberano de Constantinopla, que escribió al Papa despidiéndose, porque reducido el asunto á quitar ó añadir una palabra al Credo, y no queriendo los latinos disminuirlo ni los griegos aumentarlo, todo estaba perdido y no habia mas remedio que irse á Oriente como habian venido. Y se fueran ciertamente y se acabara todo, si Bessarion, el gran amigo de Cosme, no redujera el problema á términos de hacer admitir á sus correligionarios griegos que si el Espíritu Santo no provenia del Padre y del Hijo juntamente, provenia del Padre por el Hijo. Con la simple admision de esta partícula trastornó hasta las inteligencias mas convencidas y movió hasta las voluntades mas tenaces; pues la cooperacion del Hijo al Padre no podia ser como la cooperacion de los instrumentos en las obras. A pesar de tales sutilezas, las discusiones sobre todas estas fórmulas se extendieron desde los primeros dias de Abril á los primeros dias de Junio, en que el Emperador usó de toda su autoridad para conseguir una adhesion de la mayoría de los obispos griegos al sentir universal de la Iglesia latina. Y aun nada consiguiera, si de su lado no se pusiera resueltamente Isidoro de Riew y si el diez de Junio no muriera el Patriarca mismo de Constantinopla, dejando escrito que se adhería por completo á los dogmas y á los cánones de la Iglesia Católica. Más desde el diez á fines de este mes todavía se oscurecieron mil veces los horizontes y se acercaron las negociaciones á términos de rompimiento. Poco despues de mediado el mes pidieron permiso los griegos á los latinos

33203

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

para irse á Venecia. Y solamente el dia veintiseis, cuando se encerraron seis doctores en la Biblioteca del Papa, y el Emperador con todo su clero refresco en el comedor, resueltos á terminarlo todo, se consiguió una avenencia confirmada en la fiesta de San Pedro el dia veintinueve de Junio. Y aun por aquellos momentos estuvieron á punto de romper las negociaciones, á causa de que el nombre del Emperador no iba junto al nombre del Papa en la cabeza de los decretos conciliares, y á causa de que la supremacia de este se declaraba segun los dichos de los Santos y no segun la letra de los cánones. Por fin, el cinco de Julio se firmó la concordia por el Papa en su palacio de Santa Maria Novella, por el Emperador en el palacio de Strozzi, por los griegos en la iglesia de San Francisco y por los latinos en la iglesia de San Pedro. ¿Habia ó no razon para los regocijos que hemos apuntado al comienzo de este capítulo?

El Papa se regocijaba por la terminacion del Cisma y Florencia por la alegría del Papa. Si las calles ardian en fiestas, ya puede imaginarse qué sucederia en la catedral, reunidos el Emperador de Constantinopla y el Pontífice de Roma, entonando sendos coros los Padres de la Iglesia latina y los Padres de la Iglesia griega, cuyos acordes se juntaban en la inmensidad de los cielos. Santa Maria dei Fiori acababa de terminarse y su cúpula aun no parecia enteramente terminada. Y bien puede decirse que la novedad del edificio cuadraba á la novedad del instante. No es uno de estos templos del Renacimiento en que los grandes arquitectos juntaron con cierta majestad los arcos de las termas romanas y la rotonda del panteon elevada sobre el crucero á las alturas como compitiendo con la misma bóveda del cielo; no es tampoco una de estas iglesias góticas, tan sublimes, que recojen la luz por las ventanas triangulares y los rosetones místicos, al través de los vidrios de colores, para aumentar la belleza de los encajes de piedra y de los alicatados orientales, entre cuyos caprichosos dibujos y guirnaldas surgen sobre repisas sostenidas por cabecitas en éxtasis y bajo doseletes floridos y recamados con follaje de mirto y de acanto, las vírgenes, los mártires, los ángeles, los serafines, batiendo en aquel éter sus alas de oro y entonando eternamente de sus labios de piedra un Te-Deum propio de tanta y tan deslumbradora poesia: la catedral de Florencia no es ni bien gótica, ni bien greco-romana; por la sábia estática de sus columnas y machones compite con los templos de tiempos mas cercanos á nosotros, con San Pedro de Roma, con San Pablo de Lóndres, con el Escorial de España; por la construccion de sus arcos tiene cierta tendencia, pero no mas que tendencia á la ogiva, resultando de todo esto un edificio singular en armonía con la singularidad de aquel momento histórico y de aquel extraño Concilio. Su rotonda, la mayor en su género, obra milagrosa de Brunelleschi, primera elevacion al cielo de las piedras amontonadas por este Anfon del Renacimiento, pasa con justo motivo por prodigio de arte, pero no pasará jamás por milagro de fé, que la

fé iba ya cayendo en aquel su ocaso, en el sepulcro de donde surgia resucitada y rejuvenecida el alma de la antigua Grecia. Hoy mismo, adornada por cinco siglos sucesivos, parece Santa Maria dei Fiori demasiado austera por demasiado desnuda. ¿Qué no pareceria entonces recién concluida, apenas quitados los andamios necesarios á la construccion de su maravillosa cúpula? En el pavimento brillaban los lirios de las armas florentinas cantados por el poeta, frescos y bellos como los lirios selváticos de las campiñas toscanas; en las paredes se veían sepulcros tan dignos de respeto como el de Giotto, que inmortalizó con sus pinceles á Florencia, y como el de Orso, que la defendió con sus huestes; aquí la silla de San Zenobio cincelada por la mano de Ghiberti y sostenida por seis ángeles que parecen venir, no de los cielos cristianos, de los campos donde crece el laurel de los dioses y corren las aguas de la Castalia y del Alfeo; allí el San Márcos de Nicolás de Arezzo en su austera severidad ó el fresco de Paolo Uccello que representa uno de los mas valerosos condotieros ingleses montado sobre su caballo de guerra; en la pared maestra lateral de la izquierda el Dante entristecido, envuelto en su larga túnica, ceñida la cabeza con gorra florentina y la gorra florentina con corona de laurel, mirando la ingrata patria, á quien devolvió en cambio de tristísimo don de la vida, el rico don de la gloria; en la sacristía las puertas de bronce enriquecidas por los bajo-relieves de Robia, y á pesar de estas maravillas perdidas en aquellos espacios, reina por todos ellos una verdadera desnudez, que convenia al momento supremo de la reunion última del Concilio, porque no renovaba con ningun recuerdo doloroso antiguas heridas, ni ofendia con ninguna evocacion inoportuna de tiempos ya pasados antiguas y santas tradiciones.

Mas durante la misa en que se promulgó el Decreto final del Concilio, brillaba Santa Maria de Florencia como nunca, tapizada ricamente; esclarecida de infinitas luminarias, ocupada por muchedumbre de cardenales, patriarcas, príncipes, arzobispos, obispos, gentiles-hombres, damas, pajes, caballeros, soldados, vestidos todos con sus mas ricas preseas, y sobre los cuales levantaban sus sagradas cabezas el Pontífice de Roma y el Emperador de Constantinopla. Éste delumbraba á cuantos le veían con una piedra que ostentaba sobre su frente y que diríase arraneada por sus vislumbres al sol, para comprar con su precio la tierra. Era un rubí del tamaño de un hueyo de paloma. Parecia imposible superarle. El Papa llevaba sobre su túnica de color jacinto, bajo la cual salian sus sandalias de púrpura realzadas con cruces de brillantes, una alba de encaje veneciano y sobre el alba una capa pluvial de tisú de oro, recamada con pedrería, y circuida por franja compuesta con las mejores perlas que hasta entonces se halláran en los mares. Su tiara cincelada por Ghiberti para aquella ocasion suprema correspondia á la solemnidad de la ceremonia, única en los anales del mundo. Treinta y ocho mil florines valian las piedras que la adornaban. Relieves repujados

8358

de la manera mas exquisita la cubrian de abajo arriba. Por un lado veíase Nuestro Señor en trono de nubes y circuido de ángeles, y por otro lado Nuestra Señora circuida de ángeles tambien, figuras con tal belleza dibujadas y esculpidas, que podia creerse en la resurreccion y advenimiento de Fidiás entregando al cristianismo este bajo relieve trazado con los cinceles perdidos entre las ruinas del Parthenon. Para mostrar el Papa su incalculable superioridad sobre todos los patriarcas de todas las Iglesias, no habia menester ni las sentencias de los Santos Padres, ni los cánones de los concilios ecuménicos; bastábale presentarse con su tiara en la frente y decir al mundo que reinaba sobre almas capaces de idear y de ejecutar aquellas milagrosas maravillas. Si luego tendiais la vista por otros lados descubriais junto á los grupos de cardenales vestidos de púrpura los grupos de diáconos con sus casullas argentadas; aquí los magistrados florentinos envueltos en rozagantes túnicas de terciopelo y raso, cerca de los frailes de todas las órdenes con sayales negros, pardos, azules y blancos, allá los arzobispos y obispos de la Iglesia latina con sus mitras y sus capas sostenidas sobre el pecho por broches que cuajaban multitud de preciosas piedras; por todas partes, los eclesiásticos griegos y orientales, los patriarcas con sus anchos sombreros patriarcales, los monjes con sus hábitos de estameña oscura y sus colosales capuchas; los prelados orientales con su veste de tisú y sobreveste de seda y su manto de brocado y sus mitras bizantinas parecidas á imperiales coronas, juntamente con los nobles griegos de trajes talaes tan ajustados y tan finos, y los albaneses con pintorescos uniformes, y los esclavones con ropillas de escarlata, y los croatas con gabanes de raso verde circuidos con pieles oscuras, y los valacos con sotanas de paños sedosos, y los transilváneos con sus cuellos desmesurados y prendidos á la garganta por botones riquísimos, representantes todos de varias razas y naciones, mezclados con aquellos nobles de todas las ciudades italianas, venecianas, florentinas, genovesas, enriquecidos por el comercio, por el trabajo, por la libertad, gastando más en trajes y preseas, ellos simples ciudadanos, que los primeros y más poderosos reyes de la tierra. Unid á toda esta riqueza en la cual se reflejaban y se rompian formando mil varios juegos de matices, tantas luminarias, unid las melodías del órgano, los ecos de los cánticos sagrados, las nubes del incienso, la solemnidad de la ceremonia en que oficiaban ó tenian la participacion de su presencia prelados venidos de tan remotas regiones, diputados de tan diversas iglesias; y decidme si al romper Eugenio IV en el *Te-Deum* sublime, y contestarle el coro inmenso formado por tantas voces y el clamoreo de todas las campanas de Florencia echadas al vuelo en alegre repique, no debia parecer, por olvidada y perdida que esté nuestra pobre tierra en los espacios, la ascencion sublime de su espíritu, del espíritu humano, por esas trasformaciones propias de su inspiracion y de sus ideas, desde el polvo y las sombras de este mundo limitado á la inmensidad de la gloria y á

la presencia del Eterno. Parecia que así como al concluirse el mundo antiguo y cerrarse el libro apocalíptico de la antigua historia; cuando el Capitolio temblaba á guisa de montaña desgajada en pedazos, y los dioses de la Naturaleza caian á guisa de hojas desprendidas del árbol de la vida; en la interseccion del Asia y Europa, en Nicea, se habian reunido bajo la espada de los bárbaros aullando hambrientos de matanza los Padres de la iglesia para completar la idea del Padre con la idea del Verbo; once siglos más tarde, cuando el Vaticano bamboleaba á los primeros asomos de la heregía y á las primeras sublevaciones del clero y Bizancio se doblaba á la cimitarra de los turcos, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente se unian en el Concilio de Florencia, Jesucristo y Platon en las academias de la filosofía, á fin de difundir por el espíritu humano, á la hora de comenzar la historia moderna, de nacer el Nuevo Mundo, de renacer el antiguo, en aquel Tabor de la humanidad, el fuego divino del Espíritu Santo, que necesitaban para completarse la razon libre y la conciencia emancipada.